

mismo que debiera yo conocer y á quien en esta vez he tenido la honra de seguir puntualmente citándolo con todas sus letras. Decididamente el Sr. Pereyra dispara á cada instante, pero no sabe contra quien y pensando hacerme el blanco de sus tiros, va á herir sin saberlo á los autores más respetables.

Aunque mi cómputo señala para la venida ó antigüedad de los nahoa 5703 años y el del ilustre arqueólogo 5760 [hasta 1883 en que escribió ó sean 5788 hasta esta fecha] la diferencia sólo proviene de una errata de imprenta en el «México á través de los Siglos» de una distracción de su autor; pues señala de duración al sol de fuego 964, años y yo le doy nada más que 884, 80 años menos, porque tanto en la pintura del Códice Vaticano [vol. 2 de Kingsborough pág. 9] como en el grabado mismo de la obra referida en el *Tletonatiuh* se encuentran únicamente once signos del número 80 y cuatro de unidades. [$11 \times 80 + 4 = 884$]. El Sr. Chavero contó doce.

Y siguen las coces al aguijón:

“.....los azteca fueron los primeros que derramaron la sangre humana en aras de sus dioses, copia de mi libro, y tal costumbre probablemente la tomaron de los asiáticos en los más remotos tiempos.» “Si los azteca fueron los primeros que derramaron la sangre humana en aras de sus dioses, arguye, ¿cómo dice en la pág 9 refiriéndose á los toltecas, esto que trans-

cribo literalmente? «Daban culto á sus dioses con gran reverencia y les ofrecían flores y materias resinosas; pero después sacrificaban cada año á Tlaloc su deidad más antigua, cinco jóvenes doncellas á quienes sacaban el corazón.»

Para el Sr. Pereyra, que confiesa que solo lee de las obras los pasajes que le parecen, esa contradicción es manifiesta é inexplicable. Sin embargo, esta no existía sino en su imaginación. Los azteca no eran un pueblo autóctono en México, sino que existió millares de años antes de su venida á Anáhuac y vivieron muchísimo tiempo en Aztlán. Nadie ignora que su sangriento Huitzilopochtli los acompañó en su camino y que durante él hicieron sacrificios; así es que nada tiene de extraño que ese pueblo haya sido el primero en derramar sangre humana en los altares, allá cuando los tolteca solo sacrificaban flores, copal y codornices, aunque estos después de venidos á Tollan, ó sea, miles ó centenares de años, como se quiera, con posterioridad á la permanencia en Aztlán hubiesen también sacrificado anualmente á Tlaloc cinco doncellas. Los azteca abandonaron su primitiva patria en... 1160 y tenían la tradición de los soles cosmogónicos que era más de 4000 años anterior y los tolteca fundaron en el país su monarquía en 661 después de lo cual, sin saberse cuándo, empezaron sus sacrificios á Tlaloc.

Luego los azteca les llevaron la pri-

DÍA

6,

do,

gollado. X.

maeía en muchísimos años y por eso como enseñan Lenoir (Paralelo de los Ant. monumentos mexicanos) y otros muchos cuya opinión he adoptado. fueron los primeros que derramaron sangre humana en holocausto á sus deidades, aunque no haya sido en Tenoxtitlán, como para que existiera la contradicción parece creerlo el polemista embrollador, y como no he llegado á decirlo.

La prueba del carácter sanguinario de los azteca, está en que desde Aztlán traían á su Huitzilopochtli nacido de la doncella Coatlicué, cerca de la antigua Tollan, y que en el camino vinieron celebrando horribles sacrificios como los que hicieron en Tizapán y el de la mujer de la discordia. No hay pues, en mi aseveración el error ni la contradicción que se suponen.

En seguida pasa á otro punto mi censor y dice: «Se esmera en demostrar (pág. 42) que no puede haber pasado de 2,496 el número de víctimas humanas sacrificadas durante la dedicación del templo de Huitzilopochtli. ¡Vanos pujos de crítica! En la página anterior y hablando de la misma ceremonia, dice que *antes de amanecer se colocó la concurrencia compuesta de seis millones de personas venidas de las más remotas tierras*». No dice en donde se colocó esa concurrencia. ¿Sabe el Sr. Verdía lo que son seis millones de personas y el espacio que ocupan? ¿Sabe que aun *sin colocarse*, la concentración de seis millones de persona

hubiera producido un espantoso cataclismo social? El Sr. Verdía forma con todo desenfado una Londres azteca, y luego se escandaliza de las 20,000 víctimas. Sin embargo, para 6,000,000 de espectadores son muy pocas 2,496 víctimas».

Aquí, con la vacilación de mi criterio me complazco en manifestar que tiene razón el Sr. Pereyra, porque era si no imposible, al menos muy difícil la reunión de una concurrencia de tantos millones como la que indico.

Patente exageración; pero válgame como atenuante el haber seguido en ese punto á los más afamados cronistas que llegan á señalar una area de más de dos leguas para la colocación de semejante muchedumbre.

Fr. Diego Durán asegura que por todas partes «fueron avisados y enviados mensajeros para que so pena de la vida no quedase en estas ciudades hombre, ni mujer ni niño, viejo ni mozo que no se hallase á esta solemnidad y sacrificio y así acudió á la ciudad de México gente que era cosa espantosa, que no cabía en las calles ni en las plazas, ni en los mercados ni en las casas, que parecían más que hormigas en hormiguero». (pág. 356 vól. 1º).

«..... y las gentes por las plazas y azoteas que parecían moscas sobre la miel y llegaban las gentes mirando á los que habían de sacrificar desde Huitzilopochco hasta el cerro que es ahora de Ntra Sra. de Guadalupe y

DÍA

6,

do,

gollado. X.

desde la huerta del Marqués del Valle hasta la ciudad que se habrían juntado de gente *más de seis ú ocho millones* por ser cosa que jamás se vido ni se verá y de tanta crueldad». (Tezozomoc, pág. 514).

Algunos autores aseguran que el número de personas que concurrieron á aquella función, llegó á seis millones. Quizás será esta una exageración; *mas no me lo parece*, atendida la vasta población de aquellos países, la grandeza y novedad de la fiesta y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pié y sin el embarazo del equipaje'. (Clavijero vol. 1.º pág. 121).

«La fiesta de la dedicación del templo se hizo en 1486: y duró cuatro días; concurrieron á ella seis millones de hombres de muchas naciones, algunas muy remotas». [Dr. Rivera Hist. Ant. pág. 124].

Preocupado yo en demostrar la imposibilidad física del número de víctimas en la famosa dedicación del templo, que el P. Durán fija en 80,400, Torquemada en 72,000, Zamacoiz en 68,000 y Orozco y Berra, Chavero y otros en 20,000, y que sin embargo, no pudo llegar á 3,000, descuidé mi atención del número de concurrentes y adopté sin depurarla la cifra tan ponderada y tan generalmente sostenida.

Pero todavía aun en este punto el Sr. Pereyra, no deja de manifestar la ligereza de su censura, porque asegura pretendiendo infirmar mi cálculo de

las víctimas que «para 6,000.000 de espectadores son muy pocas 2,496 víctimas.»

Confusión que hace ver que quien tal dice no entiende de lo que se trata.

Yo afirmé que teniendo en febrero el día natural 13 horas, sacrificándose únicamente desde la salida hasta la puesta del sol, en solo cuatro altares durante cuatro días, y suponiendo que en cada sacrificio se emplearan cinco minutos, no hubo tiempo para matar más de 2496 hombres

$$(13 \times 4 \times 60 \times 4 \div 5 = 2496)$$

Nada tiene que ver por tanto el número de sacrificados con la población, ni con la cantidad de prisioneros, ni con los concurrentes: hay que examinar el tiempo empleado en aquella ceremonia y nada más. Sin embargo el panegirista de Stuart Mill no vacila en decir que para 6,000.000 de concurrentes son pocos.

Para él una pieza dramática que en un estrecho coliseo, como el del Renacimiento por ejemplo, puede tener tres ó cuatro actos, en el gran Teatro Nacional que hoy se construye en la capital con capacidad para triple número de espectadores, el drama deberá entonces constar de doce actos por lo menos!

Me acusa después de confundir *lo probable con lo posible*, aunque muy remotamente posible, por la explicación que doy de que «Quetzalcoatl haya sido un europeo; mas si á eso se redujera nada replicaría porque es natural que cada quien según su propio criterio, encuen-

DÍA

6,

do,

gollado. X.

tre fundadas ó infundadas mis conjeturas. La misma certidumbre es materia inagotable de examen. Eso aparte, americanistas muy notables que se distinguen por su severidad y profundos conocimientos, como el Conde de Charencey no vacilan en adoptar aquella probabilidad cuando asientan: "Nada de sorprendente que los naufragos de una ó muchas barcas retenidas sobre las riberas opuestas del pacífico sin poder volverse á su patria, hayan llevado á los indios salvajes algunos elementos de civilización." (Djemchid et Quetzalcoatl, pág. 6).

No se limita á eso el investigador, sino que concretando su opinión acerca del asunto dice: «Por eso su compendio enmudece cuando debiera referir las relaciones entre el Quetzalcoatl de la leyenda y el dios del mismo nombre. Tampoco se le ocurre mencionar las sangrientas luchas religiosas y la condición social que pueden inferirse de la leyenda de Quetzalcoatl. Esto que es justamente lo *único* interesante é instructivo entre todo lo que á Quetzalcoatl se refiere, no merece la atención del Sr. Verdía. Habla vagamente de una *reacción del antiguo culto*, sin dar antecedentes ni explicaciones sobre acción de un nuevo culto (sic). En cambio, no olvida decir que á Quetzalcoatl se debe, según ciertas suposiciones, la introducción de la cruz entre las gentiles naciones de Anáhuac. Ya ni como suposición puede confundirse un signo astronómico tolteca con la cruz cristiana».

Y sin embargo de ese alarde de pandería nada hay de sólido ni de científico en la imputación que me hace.

Que lo único de interesante é instructivo sea la lucha religiosa entre la antigua religión representada por Tezcaltlipoca y la nueva llevada por Quetzalcoatl, es una hipérbole insostenible. Tendrá aquella lucha su interés y podrá ser muy grande, mas nunca será lo *único* que valga la pena saber del memorable personaje. Las hipérboles en la crítica no son permitidas.

El reducirme á mencionar la reacción del antiguo culto, sin entrar en la narración de las luchas sangrientas, no es una falta, tanto por tratarse de un resumen, como porque se carece de datos seguros sobre el personaje, sobre su doctrina y sobre su influencia.

Llama la atención que el escritor positivista que censura mi credulidad aunque ella emana de profundos estudios de Clavijero, de Orozco, de Chavero, de Cuvier y de Quatrefages, hoy me acusa de que no me lance en el campo de la hipótesis. Querrá mostrarme las fuentes auténticas de esa enseñanza que he onütido?

Y sigue disparando el Sr. Pereyra con su acostumbrada inconciencia, cuando me censura por decir que se supone que Quetzalcoatl introdujo la cruz entre las gentiles naciones de Anáhuac con excepción de la del Palenque que indudablemente es de fecha anterior al cristianismo. Por eso agrega con el desprecio propio de su sabiduría indigna-

DÍA

6,

do,

gollado. X.

da: "ya ni como suposición puede confundirse un signo astronómico tolteca con la cruz cristiana."

Hay que tener paciencia á pesar de eso y es preciso oír al tantas veces citado Señor Orozco y Berra, quien después de multiplicadas citas con el reposo del sabio, escribe en la pág. 81 del vol. 1.^o de su magistral Historia: "Para probar el salir á algún resultado, ordenemos nuestras ideas. *Las cruces de México y Yucatán se deben á Quetzalcoatl ó Kukulcan.* Se ignora quién fué el introductor de la Cruz del Palenque. Según los testimonios históricos aquellas corresponden á la época de la destrucción de los tolteca; esta es anterior á la era de Jesucristo.

Y agrega mas adelante (pág. 94): "Inferimos de estas premisas que la cruz del Palenque viene de distinto origen que las cruces de México y de Cozumel; que no fué introducida por Kukulcan ó sea Quetzalcoatl y por lo mismo que no es de significación cristiana como las traídas por el civilizador blanco y barbudo."

Bien merece escritor de tanta fama y sabiduría el desprecio del Sr. Pezra!

Cierto que el Sr. Chavero con talento y acopio de interpretaciones personifica en Quetzalcoatl el planeta Venus y explica su desaparición por la estrella de la tarde que se oculta para convertirse en la estrella de la mañana que ha de volver por el Oriente, pasando después de ese simbolismo astronó-

mico mas poético que cualquiera de los helenos, á significar un sacerdote tolteca que ni era blanco, ni barbudo, ni vestía traje talar, ni vino por las costas orientales, ni tuvo roce con europeos, ni trajo cruces. que entre los nahoas, no eran sino las manifestaciones del sol y de sus benéficos efectos en las lluvias.

Pero tal idea, contraria á las opiniones del mayor número de escritores que de historia antigua se han ocupado, no está generalmente aceptada. A pesar de ella, publicó hace muy poco el Conde de Charencey una Memoria en la cual se propuso probar la identidad de la leyenda de Quetzalcoatl con la India é Iraniana concerniente á Yama, de la cual deducía el origen asiático de los mexicanos.

Se verá por eso que está muy lejos de haberse pronunciado la última palabra y que no merezco anatema por separarme de una opinión que soy el primero en respetar. En cambio, parece que el Sr. Chavero refuta victoriosamente el concepto del Sr. Orozco acerca del origen búdhico de la Cruz del Palenque.

Mi impugnador desconoce por completo la máxima de San Agustín: *in dubiis libertas.*

Para impugnar lo que publiqué en defensa de *las faltas insolentes á la común cultura de nuestro siglo* escribe:

"Digo que en su pág. 8.^a, el Sr. Verdía comete faltas de respeto á la cultura de nuestro siglo, refiriéndome á la

DÍA

6,

do,

gollado. X.

cultura de los católicos más aferrados á la *tradition chretienne*. ¿La Biblia? ¡Gran libro, insustituible monumento!

Lo creo, pero entonces ¿por qué en su primer ataque cuando me apoyo en ese gran libro é insustituible monumento, comenta el hecho con *allegros* impropios de un escritor serio?

No hay duda: retirada en toda la línea. Sigue diciendo: "Si el Sr. Verdía hubiera afirmado su creencia en la unidad de la especie humana por sumisión á los Sagrados Libros, como sagrados, yo no habría visto en eso sino la expresión de su fe; pero este católico pretende corroborar la palabra divina con la *común tradición*. Estas dos palabras salen frecuentemente de la pluma que escribió el compendio y el folleto. Las emplea, pues, con toda conciencia de lo que se propone."

Pues bien, al decir que en lo relativo á la cuestión del origen del hombre en el Nuevo Continente, "debe partirse del principio de una sola creación, tanto porque así está escrito en los Sagrados Libros como porque así lo enseña la *común tradición*", no hice sino compendiar á Clavijero que por su parte enseña que "Por el testimonio venerable de los libros santos y por la tradición universal é inalterable de aquellas gentes, consta que los primeros habitantes de Anáhuac descendían de los pocos hombres que la Divina Providencia preservó de las aguas del diluvio para conservar la especie humana sobre la tierra" (tomo 1.^o pág. 50.)

Tal idea la explaya aun en el tom. 2.^o pág. 735. Como la única diferencia consiste en que el sabio jesuita habla de la *universal tradición de aquellas gentes* y yo de la *común tradición*, el punto discutible queda reducido al significado de esas palabras, que para toda persona desapasionada lo tienen enteramente equivalente.

"¿Común tradición, pregunta, de todos los pueblos semíticos, indoeuropeos, oceánicos, africanos y amerindas? ¿No admite excepción?" Falso, respondo luego, absolutamente falso, si se quiere hacer relación á los pueblos que vinieron á América por inconducente, por absurdo; pero cierto si se refiere al monogenismo en general.

Cuando estoy tratando del Nuevo Continente y hablo de común tradición, de común escritura, de común religión, solo á un espíritu tan preocupado como el del crítico se le puede ocurrir que haga relación á los africanos y á los celtas.

Es inútil reducir expresamente la comprensión del término, y si bien lo hace el autor citado, esto es porque él usó del adjetivo universal que tiene precisamente una significación geográfica que excede los confines de América.

No hay que desnaturalizar el sentido de las palabras para apoyar una opinión; eso es de tan mal género como el argüir con erratas de imprenta. Ahora bien, común, según la Academia, "dícese de lo que no siendo privativamente

DÍA

6,

do,

gollado. X.

te de ninguno, pertenece ó se extiende á varios..... Nombre común. Todo el pueblo de cualquier provincia, ciudad, villa ó lugar." Luego la común tradición puede ser muy bien la que se refiera á todo un pueblo por lo cual salen sobrando los indoeuropeos, los oceánicos, los africanos, &c.

Todavía en la 2ª sesión del Congreso de Americanistas, el Abate Hengesch no vaciló en afirmar que "Todas las tradiciones humanas (Toutes les traditions humaines) de acuerdo en esto con la verdadera ciencia, atribuyen el origen de la humanidad á una sola pareja." He allí el monogenismo apoyándose además en la común tradición.

* * *

Porque dije que «De Barradas á Baudin» estaba escrito con *jugo de adormideras*, asienta el autor que le hago la honra de mostrarme descontento de su prosa y declara que en efecto es indigna de un Teofrasto cuyo estilo tiene el mérito de ser exactamente lo que decía Buffon.

Está en un error completo al suponer mi descontento; porque precisamente en cada nuevo escrito de mi impugnador encuentro una prosa que me regocija más, mucho más que el elogio del criterio vacilante, y la razón es convincente. El estilo del Sr. Pereyra tan correcto y atildado tiene el mérito inmenso, por soporífero, de ser ilegible, de suerte que por grande que sea la afi-

ción de los lectores por la lectura, no toleran la del brioso polemista y doblan la hoja. No hay por tanto quien se entere de sus *juicios críticos* y todas las burlas, ignominias y desacatos con que me regala permanecen *in mente retentum*. Comprenderá por eso que no puede agradarme más una prosa que le hace enteramente inofensivo.

Estoy informado de que el folleto «De Barradas á Baudin» sólo lo leímos *íntegro* tres personas: el Sr. Bulnes por el interés que le inspiraba una contestación á él dirigida; el Sr. Iglesias Calderón por su decidido empeño en buscar materiales para sus rectificaciones, y yo gracias á que habiendo encontrado en las primeras 4 páginas tantas chocarrerías é impropiedades, tuve que soportar la lectura completa para ver si todavía en otra parte se me atribuían milagros ó se me arrojaba á la afrenta pública.

Por lo demás el referirse á un Teofrasto cuyo estilo obscuro, incorrecto, vacilante, pudiera confirmar el manoseado pensamiento de Buffon, es mucha literatura: más procedente habría sido recordar lo que significa un Zoilo.

En cuanto á los defectos que señala en mi pobre y humildísimo estilo, á cambio del pinchazo que parece recibió con las adormideras, á pesar de que carecen de espinas, soy el primero en reconocerlo y en dejarle abandonado libro, folleto y folletín para que siga su tarea. Algo aprovecharé para la 5ª edición.

DÍA

6,

do,

gollado. X.

Pero habrá que convenir al menos, en que ese aire de purista que asume con tanta arrogancia, no cuadra bien en quien escribe *magnificar*, trastornando un adjetivo para cometer un neologismo; quien llama bien empleado en obra didáctica y monumental y hasta *gallardo* al sustantivo *barriga*, que en la lengua castellana apenas es lícito emplear en sentido familiar; quien en fin, hace uso de palabras francesas y escribe ufanamente la *boutade*, para escandalizarse en seguida de que yo use, cometiendo un galicismo, *desapercibido* por *inadvertido*!

Que un escritor incurra en una de esas faltas por comunes que sean, es un defecto que por mi parte no vacilo en reconocer y deplorar; pero que un presuntuoso censor incida en las mismas que condena con tanta severidad y mofa, es cosa imperdonable que hace reír y que no tiene nombre.

* * *

Termina el sofista escritor haciendo gala de rectitud, aplaudiéndome por haber sido el *primer mejicano* que ha compuesto un compendio para las escuelas secundarias y declarando que soy además buen compendiador y que los profesores pueden utilizar mi libro depurándolo de los errores, obscuridades y contradicciones que contiene.

Gracias por tan buen concepto; pero también yo debo concluir manifestando que cuando he demostrado con

cuanta pasión é ignorancia me juzga el Sr. Pereyra, su opinión se desautoriza por sí misma y me tiene sin cuidado: no conoce absolutamente las fuentes de nuestra Historia. Bástanme los juicios emitidos bondadosamente por historiadores serenos y reputados como los Sres. Fernández Duro, Charencey, Bolet Perasa, Dr. Rivera, Chavero, Prieto, Olavarría y Ferrari, Iglesias Calderón, Bulnes y otros, que si bien no le dan salvoconducto á mi libro, ni están ni pueden estar conformes en todo con su contenido, lo elogian más de lo que se merece. La compensación no puede ser más satisfactoria.



DÍA

6,

do,

gollado. X.